

ras, se encontrarán á la derecha. Como en la vida han seguido al demonio, así, despues de la muerte, irán á unírsele donde se encuentre; así como aquéllos que hayan seguido á Jesucristo aquí abajo lo encontrarán donde resida; es decir, que quien ha seguido al demonio en los transportes de la cólera, del orgullo y de todo género de pecados, lo seguirá en la mansion de las penas, y quien ha seguido á Jesucristo en el camino de los sufrimientos y oprobios, lo seguirá en la mansion de la alegría y de la gloria.

Hagamos, pues, por ser de los ménos, del número de los afligidos, en el redil de los verdaderos cristianos, para ser un dia del número de los elegidos. Concedednos, Señor, un lugar entre las ovejas; separadnos de los cabritos inmundos, y ponednos á vuestra derecha: *Inter oves locum præsta: et ab hædis me sequestra, statuens in parte dextra.* Así sea.

VIGÉSIMA SEXTA HOMILÍA.

LA SEMILLA,

Ó LA PALABRA DE DIOS.

Beati qui audiunt verbum Dei. (Luc., xi.)

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios.

Así como Dios no tiene más que una sola naturaleza, tampoco tiene más que un solo pensamiento interior, un solo Verbo, una sola palabra. Así, la misma palabra de Dios que ha operado prodigios tan sorprendentes, tan admirables en el orden de la naturaleza, ha operado y opera perpétuamente prodigios más sorprendentes, más admirables en el orden de la gracia. La misma palabra de Dios que fecundó la nada, que creó todos los seres, que embelleció los cielos, que pobló la tierra, es la que ilumina las inteligencias, penetra los corazones, doma las pasiones, confunde el error, persuade la verdad, destruye los vicios, hace germinar la virtud, cambia al infiel en cristiano, al pecador en justo, al hombre en ángel, y apartándole de su corrupción nativa, que le hace arrastrarse por la tierra como al bruto, hace de él el destinado á los cielos, el amigo, el hijo, el heredero, el asociado de Dios.

Por eso Jesucristo llama bienaventurados á los que escuchan dócilmente la palabra divina, la guardan cuidadosamente en la memoria, y la cumplen fielmente: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

El Salvador no se ha contentado con indicarnos como de paso en el Evangelio la excelencia y el fruto de la palabra divina y las disposiciones con que debe escucharse; ha querido además,

en la parábola de la semilla, entrar en los más leves detalles sobre este punto. Esta importante parábola es la que me propongo, no explicar, puesto que el mismo Hijo de Dios la explicó á sus Apóstoles, sino desenvolver en toda su sencillez y segun toda su importancia, á fin de que instruidos de la excelencia, de las ventajas, de las riquezas, del poder de esa palabra santa, y al mismo tiempo de los obstáculos que la hacen ineficaz, así como de las disposiciones que aseguran su éxito, cuidemos de apartar aquéllos y presentar éstas, y merezcamos la recompensa de la beatitud que Jesucristo nos ha prometido: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

PRIMER PUNTO. El corazon afectuoso de Jesucristo, su ardiente deseo de procurar nuestro bien espiritual y nuestra salud, se ha manifestado en todas sus obras y en todos sus discursos. Hé aquí, pues, entre los testimonios de su tierno amor, las primeras palabras con que expuso la parábola de la semilla, cuando exclamó con acento de la más dulce caridad: «Un hombre salió á sembrar su simiente» (1). La semilla de que nos habla el Señor es, como lo ha declarado Él mismo, la predicacion de la palabra divina (2); pero recordemos que Jesucristo ha dicho tambien: «He salido de mi Padre, y he venido á este mundo» (3); y ademas ha dicho: «Yo no he venido á este mundo más que para dar testimonio de la verdad» (4). El hombre, pues, que sale á sembrar la semilla en su campo, no es otro, nos dice Haymon, segun San Juan Crisóstomo, que Jesucristo mismo, que ha salido del seno de su Padre y ha venido al mundo, no cambiando de lugar, puesto que Dios se encuentra en todas partes, sino asumiendo una nueva existencia y haciéndose Hombre, ha venido á esparcir la semilla, es decir, á predicar la doctrina evangélica, la misma que hasta ahora se encuentra en la Iglesia, y no cesa de repetirse y de enseñarse allí (5).

(1) Exiit qui cepit seminare semen suum. (*Luc.*, VIII.)

(2) Semen est verbum Dei. (*Ibid.*)

(3) Exivi á Patre et veni in mundum. (*Joan.*, XVI.)

(4) Ad hoc veni in mundum ut testimonium perhiberem veritati. (*Joannis*, XVIII.)

(5) Intelligimus Christum qui exiens de sinu Patris venit in mundum. (*Haym.*)... Non localiter qui ubique est, sed per amictum carnis. (*Chrys.*)... Et cepit seminare semen suum, id est prædicare evangelium, doctrinam, quæ modo in Ecclesia recitatur. (*Haym.*)

Pero notad, nos dice Haymon, segun Tito de Bostro, toda la belleza y misterio que hay en esa expresion, su semilla, su semilla propia; porque la doctrina que Jesucristo ha venido á predicar en el mundo no es una doctrina extraña, sino la que le pertenece (1). Todo lo que anunciaban los Profetas lo decian en nombre del Espíritu de Dios, y no lo daban como una doctrina propia. Por eso se servian siempre de esta expresion: «Hé aquí lo que dice el Señor» (2). Pero Jesucristo, en lugar de esta fórmula: «Dios me envia para deciros», se servia constantemente de esta otra: «Y Yo os digo»; porque Jesucristo posee la semilla celeste (3). Tito de Bostro dice igualmente: «La doctrina que predicaban San Pablo, San Juan, no les pertenece; no la poseen sino porque la han recibido. Sólo Jesucristo tiene propia esta divina semilla: porque no viene á revelar doctrinas y palabras tomadas de otro, puesto que por su naturaleza divina es el Verbo, la palabra, la sabiduría misma de Dios vivo, sino que Él toma su palabra del fondo mismo de su naturaleza divina» (4).

Pero en tanto que Hijo del hombre el Señor habia dicho á los judíos: «Mi doctrina no es mia; pertenece al Padre que me ha enviado» (5). Y dijo en seguida á los Apóstoles: «Como mi Padre me ha enviado, Yo os envío. Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura. Quien á vosotros oye, á Mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á Mí me desprecia» (6). Resulta de esto evidentemente, que como el Padre celeste ha enviado á su Hijo para anunciar su doctrina al mundo, así Jesucristo no ha podido enviar á los Apóstoles y sus sucesores más

(1) Semen suum; proprius enim ejus est sermo doctrinæ, non alienus. (*Haym.*)

(2) Prophetæ enim quæcumque dixerunt, è spiritu dixerunt et non ut propria, unde dixerunt: Hæc dicit Dominus. (*Haym.*)

(3) Christus vero proprium habet semen; idcirco non dicebat, hæc dicit Dominus; sed: Ego dico vobis. (*Haym.*)

(4) Non accipit verbum quasi mutuatum, cum ipse naturaliter sit verbum Dei vivi. Non est igitur suum semen Paulo et Joanni; sed habent cum acceperint. Christus autem habet proprium semen proferens doctrinam ex natura sua. (*Tit. Bostrens.*)

(5) Mea doctrina non est mea, sed ejus qui misit me. (*Joan.*, VII.)

(6) Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. (*Joan.*, XX.) Euntes in mundum universum prædicare Evangelium. (*Marc.*, XVI.) Qui vos audit me audit, et qui vos spernit me spernit. (*Luc.* X.)

que para predicar esa misma doctrina. Luego así como la doctrina de Jesucristo no es más que la del Padre celeste, así la predicación de los Apóstoles no es más que la doctrina de Jesucristo; porque «como el Padre está siempre en el Hijo y con el Hijo» (1), así Jesucristo está siempre en los Apóstoles y con los Apóstoles, ó en la Iglesia y con la Iglesia (2). Quien fuere dócil á la voz de Jesucristo, será discípulo de Dios Padre (3); y lo mismo quien escuche dócilmente la predicación de los Apóstoles y de los ministros de la Iglesia, escucha también á Jesucristo: *Qui vos audit me audit.*

Por consecuencia, aunque miserables y pecadores, desde que somos ministros de la Iglesia, con la legítima misión de predicar recibida de la Iglesia, desde que tomamos por base de nuestra doctrina el Evangelio, por intérpretes las decisiones de la Iglesia, los sentimientos de los Padres, las máximas de los santos, los monumentos venerables de la antigüedad sagrada, desde entonces tenemos la buena semilla destinada á sembrarse en el campo evangélico de nuestras almas; y esta semilla es verdaderamente divina, está verdaderamente en nosotros en un sentido real y no figurado la palabra de Dios mismo; de Dios recibimos la materia, la fuerza, la autoridad de nuestros discursos; es Dios quien os exhorta por nuestra boca (4). Esta palabra la tenemos de Dios, la predicamos en compañía de Dios, os la traemos de parte y en nombre de Dios. Somos discípulos de la misma escuela, formados por el mismo Maestro, os predicamos la misma palabra, la misma doctrina que los doctores de la Iglesia han tomado de los Padres, los Padres de los Apóstoles, los Apóstoles de Jesucristo, y Jesucristo de Sí mismo. Es, pues, la misma doctrina, la misma palabra divina que, saliendo del corazón de Dios, del espíritu de Dios, pasando por la boca santa del Hijo de Dios, y por Él conservada siempre pura en boca de los hombres encargados por Él de repetirla y anunciarla, queda siempre la palabra de Dios; es Dios quien la dicta; Dios el Autor de ella. Verdad es que nosotros podemos tener la desgra-

- (1) Pater in me est et ego in Patre. (*Joan.*, x.)
- (2) Ecce ego vobiscum sum. (*Matth.*, xxviii.)
- (3) Erunt omnes docibiles Dei. (*Joan.*, vi.)
- (4) Tamquam Deo exhortante per nos. (*II, Cor.*, v.)

cia de engañarnos ó de engañar; pero al momento nos advierte la Iglesia, nos corrige, nos retira su mandato, su misión, nos condena al silencio. Pero en tanto que la Iglesia nos envía, nos sostiene, nos aprueba; en tanto que estamos con la Iglesia en unión de fe, de doctrina, de amor, somos el canal sagrado por donde las aguas saludables de esa fuente divina se esparcen sobre vosotros, ó más bien somos la mano del divino Sembrador que esparce en la tierra de vuestras almas la semilla de su palabra.

¡Oh, qué bien comparada está á la semilla la predicación de la divina palabra! *Semen est verbum Dei!* Hélo aquí:

1. Así como el trigo no se deposita grano á grano en el surco, y la mano del sembrador lo esparce en derredor en un terreno bien preparado, así la boca del predicador esparce la palabra sobre las almas de la atenta asamblea (1).

2. Así como la semilla es el principio de todas las plantas, de las hojas y los frutos, así en el proceder ordinario de la Providencia, á comenzar por la fe, la palabra de Dios es en el hombre el principio y la causa de la fe y de todas sus buenas obras. «La fe viene del oído», ha dicho San Pablo (2).

3. Así como la tierra, si no está sembrada, no produce más que inútiles hierbas, abrojos y espinos, así el terreno del corazón del hombre, si la palabra de Dios no le es anunciada, no produce más que pensamientos, afecciones, obras pecaminosas ó inútiles y vanas (3).

4. Si la semilla tiene necesidad del terreno, éste es fecundado por aquélla; y así como la palabra de Dios tiene necesidad de la cooperación del libre albedrío del hombre, toda virtud por parte del hombre, toda fuerza productiva de obras espirituales, sobrenaturales, divinas, agradables á Dios y meritorias de la vida eterna, depende de la palabra de Dios y de la gracia que ésta lleva consigo (4).

5. Así como las diversas especies de semillas producen diver-

- (1) Qui docet seminatur; sermo autem cadit in audientes. (*Theophil.*)
- (2) Fides ex auditu. (*Rom.*, x.)
- (3) Quomodo credent ei quem non audierunt? Quomodo audient sine prædicante? (*Rom.*, x.)
- (4) Sine me nihil potestis facere. (*Joan.*, xv.)

sas especies de granos, así las diversas sentencias de la doctrina evangélica producen diversas clases de virtudes.

6. Así como para que la semilla fructifique es preciso que el terreno esté roturado y labrado, así para que la palabra divina dé su fruto, es menester que el corazón que la recibe esté conmovido por el placer de escucharla, abierto con el surco de la humilde docilidad y de la pronta obediencia para practicar esta palabra.

7. Así como la semilla debe en la tierra calentarse y descomponerse para germinar, así la divina palabra en el secreto del corazón tiene necesidad de disolverse, de fermentar por el calor de la meditación y por los santos ardores de la oración.

8. Así como luego que el germen empieza á apuntar en la superficie es menester labrarlo alrededor para facilitar el desarrollo y arrancar las malas hierbas, así para que fructifique la palabra de Dios cuando comienza á germinar en el corazón, es menester arrancar las malas hierbas de los pensamientos, de las afecciones, de los cuidados profanos, empleando la hoz de la mortificación y la penitencia. La palabra de Dios es, pues, una semilla espiritual: *Semen est verbum Dei!*

Todas estas condiciones necesarias para que la divina palabra fructifique en los corazones, nos las ha indicado magistralmente Jesucristo en la parábola.

Una parte de la misteriosa semilla, nos ha dicho, cayó en el camino público, y ya porque fuese pisada, ya comida por los pájaros, se perdió (1). Esto significa que la palabra divina encuentra muchas veces espíritus disipados, vanos, orgullosos, y por tanto, como caminos públicos, abiertos al paso de las doctrinas profanas de todos los sistemas erróneos, abiertos á la libre acción de los demonios; y éstos, como aves, se la llevan, es decir, hacen olvidar absolutamente la palabra divina, borran todo vestigio en el espíritu ó en el corazón, á fin de que el alma no piense ni crea en ella y no pueda salvarse (3).

Una segunda porción de la semilla cayó sobre terreno pedre-

(1) Aliud cecidit secus viam et conculcatum est et volucres cæli comederunt illud. (*Matth.*, XIII.)

(2) Qui autem secus viam, hi sunt qui audiunt; deinde venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. (*Ibid.*)

goso, y, apenas germinada, se secó; porque no teniendo bastante tierra ni humedad, no pudo echar raíces ni fructificar (1). Esto significa que muchas veces en corazones endurecidos por antiguos hábitos en el error y el vicio, la divina palabra produce al pronto alguna impresión, despertando la complacencia en la virtud; pero de una manera débil, superficial. Esas almas se convierten á la verdad evangélica; pero á la primera ocasión, al primer choque que reciben, á la primera tentación, vuelven á sus primeros errores, á sus primeras supersticiones (2).

Una tercera porción de la semilla cayó en los espinos, que creciendo más rápidamente que los granos, no tardaron en hacerlos perecer (3). Lo que quiere decir que la palabra evangélica encuentra almas subyugadas por la ambición, la vanidad, el amor á las riquezas, el hábito de los placeres carnales, y esas almas pueden recoger y guardar la semilla, es decir, creer en la predicación evangélica y no olvidarla; pero esta palabra queda sofocada por las espinas de los vicios, de los intereses, de las preocupaciones, de las pasiones siempre crecientes. Y esas espinas crecen sin cesar, y las verdades se olvidan, y los remordimientos se adormecen, y queda ahogada la voz de la conciencia, y los deseos de conversión se abandonan, y se vuelve á las costumbres interrumpidas momentáneamente, y la divina semilla no da ningún fruto para la salud eterna (4).

En fin, la cuarta porción de la semilla cayó en buen terreno y bien preparado, y fructificó y dió treinta, sesenta, más de ciento por uno (5). Lo que significa, que cuando la palabra divina cae sobre almas buenas y perfectas, es decir, dóciles, deseosas de escuchar la verdad de Dios, prontas á aprovecharla, pacientes para

(1) Aliud cecidit supra petram et natum aruit quia non habebat humorem. (*Matth.*, XIII.)

(2) Nam qui supra petram, qui cum audierint cum gaudio suscipiunt verbum: et hi radices non habent, quia ad tempus credunt; et in tempore tentationis recedunt. (*Ibid.*)

(3) Et aliud cecidit inter spinas, et simul exortæ spinæ suffocaverunt illud. (*Ibid.*)

(4) Quod autem inter spinas cecidit, hi sunt qui audierunt, et à sollicitudinibus et divitiis et voluptatibus vitæ euntes suffocantur et non referunt fructum. (*Ibid.*)

(5) Et aliud cecidit in terram bonam et ortum attulit fructum. Aliud centesimum, aliud sexagesimum, aliud trigesimum. (*Ibid.*)

soportar el peso de los sacrificios que esa palabra les pide, produce un fruto verdadero, sólido y real; unas veces menor, otras considerable y otras verdaderamente prodigioso, según la medida, la diversidad de su celo, sus esfuerzos, su generosidad para cooperar (1).

Tales son, pues, según la magnífica interpretación que el Salvador mismo nos ha dado de la parábola, las cuatro clases de personas que puede encontrar la palabra evangélica. La primera es de aquéllos que escuchan y no creen; la segunda de los que creen y no conservan en el corazón; la tercera de los que creen y conservan, pero que no aprovechan; la cuarta, en fin, de las almas afortunadas que escuchan, creen, conservan en el corazón y hacen fructificar por buenas obras para la salud eterna.

Á la primera clase pertenecen los falsos filósofos, los judíos, los infieles, los herejes, que aborrecen la predicación de la verdadera fe, llevada por el mundo entero por los misioneros y predicadores de la Iglesia, y que rehusan convertirse, ya por su disposición habitual, ya porque son esclavos del demonio que domina su espíritu por la vana ciencia del orgullo, y que ahoga ó borra en ellos todo principio de verdad, todo impulso virtuoso y saludable. Aquellos que la escuchan con desprecio, la combaten con obstinación, la persiguen con furor y perseveran en su incredulidad, en su perfidia, en su superstición, en su herejía, y se pierden para siempre.

Á la segunda clase pertenecen los neófitos, que del seno de las supersticiones paganas, de la perfidia judaica, de los sistemas de incredulidad, atraídos á la verdadera fe por la predicación evangélica, no la acogen más que superficialmente, á medias, y que no teniendo una fe sólidamente arraigada, no perseveran, ceden al atractivo de los bienes sensibles, á la amenaza de los castigos temporales, á las seducciones de la incredulidad, del judaísmo, del paganismo, de la herejía.

Á la tercera clase pertenecen ciertos católicos que escuchan la divina palabra, la creen y la retienen en la inteligencia por la fe, sin guardarla también en su corazón; que la confiesan con la boca sin cumplirla con las obras, y que, en la corrupción de

(1) Quod autem in bonam terram, ii sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent et fructum afferunt in patientia. (*Matth.*, XIII.)

sus vicios, no se atreven á hacer al Evangelio el sacrificio de su ambición, de su avaricia ó de su lujuria.

En fin, la cuarta clase comprende todos los buenos católicos que escuchan la divina palabra con la humildad y la docilidad del corazón, y no solamente se adhieren á ella por la fe, sino por la afección, de tal manera que se corrigen de sus vicios y progresan en toda clase de virtudes, y recogen frutos más ó menos abundantes, según la disposición de su corazón más ó menos generoso, según la energía de su voluntad más ó menos perfecta. Así puede decirse que la divina palabra fructifica como treinta en los que principian, como sesenta en los que progresan, como ciento en los perfectos; ó bien como treinta en las personas casadas, como sesenta en los que se resignan á la viudez, como ciento en las vírgenes; ó bien como treinta en los que observan los que observan los mandamientos de Dios, como sesenta en los que practican los consejos evangélicos, como ciento en los que se dedican sin reserva á las obras de celo y al ejercicio de la caridad. En fin, si se quiere, como treinta en los confesores, como sesenta en los doctores, como ciento en los mártires; y aunque las recompensas sean diversas á proporción de la diversidad de los frutos y de los méritos, como todos escuchan y cumplen la palabra divina, todos son dichosos, todos se han salvado: *Beati qui audiunt verbum Dei et custodiunt illud.*

¿Quién podrá indicar solamente todo lo que esta magnífica doctrina encierra de verdad, todo lo que presenta de útil enseñanza? No, ni las prácticas de piedad, ni ningún acto de religión, ni aún la oración, la limosna, el estudio de la Escritura Santa, pueden suplir á la eficacia de la palabra divina anunciada por sus ministros.

Pero ¿por qué la palabra de Dios, palabra de vida que da y restituye la gracia, que otros siglos, otros pueblos vieron tan fecunda, tan poderosa en prodigios, hasta persuadir la humildad en la grandeza, la penitencia en las delicias, el desprendimiento en la opulencia, esa palabra que ha enriquecido los desiertos con los despojos del mundo y ha hecho brillar en el mundo las virtudes del desierto, por qué esa palabra está hoy sin fuerza, sin vigor entre nosotros? ¿Por qué, lejos de renovar entre nosotros sus antiguos prodigios, nos deja en las garras de nuestros vicios y nuestras pasiones?